



**Germanes de Shakespeare. 20 del XX**

Pilar Godayol

Barcelona, Eumo Editorial, 2003

**1**

No es esta la primera vez que Pilar Godayol cumple con el mandato solidario de “*donar veu a altri*”. Lo hizo, hace un par de años, a través de su espléndida traducción *Veus xicanes. Contes* (2001) y un año antes mediante el ensayo, *Espais de frontera. Gènere i traducció* (2000), un libro ya de referencia en el marco teórico de los estudios de género. Hoy, desde un enmarque nuevo, vuelve al empeño de *visibilizar* la personalidad y la obra de veinte voces de mujeres creadoras, *Germanas de Shakespeare*, y testigos de excepción de los cambios que convulsionaron la Europa de la primera mitad del siglo XX.

Aunque en la contracubierta del libro podemos leer que se trata de “*una selecció de vint apunts biogràfics*”, lo cierto es que la autora va mucho más allá del espacio estrictamente biográfico para adentrarse en el terreno de la crítica literaria, de la traducción y del ensayo creativo. Godayol describe, interpreta y valora, desde una perspectiva feminista, las circunstancias y avatares con los que tuvieron que enfrentarse estas veinte mujeres universales, dibujando su retrato psicológico, un tanto a la manera de Gertrude Stein, aunque con más corazón. Eso, unido a un estilo preciso, límpido y brillante, provoca inmediatamente la adhesión emocional de la lectora o lector virtual y hace que sintamos que esas mujeres son también, en lo esencial, *hermanas* nuestras.

El libro se abre con la semblanza de Alejandra Pizarnik, la poeta frágil, incómoda e inclasificable, que acabó en el suicidio, y se cierra con la de Lou Andreas-Salomé, la filósofa, cuyo talento y belleza sedujo a Nietzsche y a Rilke, entre otros muchos. En medio, los retratos de la enigmática Sylvia Plath; Maria Aurèlia Campany, polifacética y feminista en tiempos oscuros; la asombrosamente voluntariosa Carson McCullers; Elisabeth Bishop, la viajera que acertó a dibujar con extremada sensibilidad poética las diferencias afectivas entre lo femenino y lo masculino; la controvertida Simone de Beauvoir, imprescindible para entender los conflictos entre la esencia y la existencia de lo femenino; la implacablemente lúcida Hannah Arendt, otra perfecta *outsider* del pensamiento ortodoxo; Anaïs Nin, la múltiple, para quien la norma era siempre la trasgresión de los valores establecidos; la indómita Aurora Bertrana, roussoniana y anticolonialista *avant la lettre*, pionera femenina de los libros de viajes; la gran poeta rusa Marina Tsvetaeva, de vida trágica e intensísima; Jean Rhys, la criolla que nunca fue del “*bàndol dels blancs*”, pero a quien nunca le preocupó ser coherente; la trágicamente generosa Anna Akhmàtova, “*Anna de totes del Rússia*”, que no renunció al amor que sentía por su hijo aún a costa de sí misma; Katherine

Mansfield, extravagante y genial, quizás “*una de les millors narradores britàniques de tots els temps*”; la fascinante Karen Blixen o Isak Dinesen o quince firmas más, tras las que se esconde una escritura que es “*un espai de debat de la propia experiència vital*”; la absolutamente inexcusable Virginia Woolf, angustiada por la imposibilidad de recoger “*totes les màscares, els pensaments i les emocions de l'home i de la dona*”; la valerosa y audaz Sibilla Aleramo; la vanguardista Gertrude Stein, libre de todo prejuicio social; Colette, la pintora de las contradicciones femeninas experimentadas en su propio ser; y la opulenta Edith Wharton, corrosiva retratista de la alta sociedad a la que, sin embargo, nunca dejó de pertenecer.

Mujeres de no importa qué país o qué lengua, todas fueron doblemente rebeldes superando no sólo los límites ideológicos y morales de su entorno, sino sobreponiéndose además a la mentalidad de sus propios *partenaires* masculinos, ya fueran maridos, amantes, amigos, maestros o colegas. Mujeres que no se conformaron con el destino tradicional que las conminaba al silencio y a escuchar devotamente el discurso masculino, desde San Pablo hasta hoy. Mujeres, escarmentadas por la historia, que no aceptan el papel secundario que se les asigna, algunas –pienso sobre todo en las dos grandes poetas rusas–, incluso pese a que no llegaran a tener una habitación propia o dinero suficiente para comprar el tiempo de crear. Mujeres cuyas vidas ejemplares nos abren los ojos, mostrándonos las infinitas posibilidades de vivir de otra manera asumiendo la propia identidad liberada de prejuicios esencialistas. Doblemente marcadas por el genio, y por su condición femenina, la vida de cada una de estas escritoras, pese a ser tan diferentes entre sí, es una lucha constante por la supervivencia de su *daimon* creador en medio de un mundo que las tolera tras la beatífica sonrisa patriarcal, o las ignora o persigue con saña y desprecio. Fueron, en general, demasiado peligrosas para que el sistema pudiera digerirlas del todo, todavía hoy. De ahí, la importancia del trabajo de Pilar Godayol que contribuye a hacer patente ese esfuerzo titánico que aún nos hace más valiosa la obra que nos han legado.

Valle-Inclán, en una famosa entrevista, declaró que el escritor tiene tres maneras de contemplar la realidad: “de rodillas, de pie o levantados en el aire”. La primera se corresponde con la perspectiva homérica desde la que percibimos a los personajes como héroes; la segunda, con la realista a través de la cual los percibimos como semejantes; el tercer punto de vista supone la distorsión expresionista según la cual los personajes no son sino marionetas en manos del autor. Lejos de esta última, Godayol se acerca a estas autoras con la admiración de quien ha sido capaz de penetrar en un cercado ajeno para descubrir el secreto que encierra, mediante la lectura profunda de sus obras y una rigurosa documentación crítica, constatada al final de cada biografía, propiciando con su estudio una canonización al margen de los excluyentes parámetros del canon occidental al uso. Pero Pilar Godayol se acerca también con la emoción engendradora por la complicidad de saberse partícipe de su proyecto: el de hacernos a todas y todos un poco más libres.

LUISA COTONER  
Universitat de Vic

**2**

Quisiera empezar esta reseña recordando una escena de la película *Las horas*, basada en el libro *The Hours* del escritor norteamericano Michael Cunningham. El personaje apodado Mrs. Dalloway, interpretado por la actriz Meryl Streep, habla con su hija y le dice algo así: “Yo quería la felicidad. Quería ser feliz. Recuerdo que, hace tiempo, cuando era mucho más joven, me desperté una mañana y me sentí absolutamente viva, llena de energía y de alegría. Pensé que aquello era el preludio a la verdadera felicidad. Que me esperaban grandes pasiones. No entendí que aquello era la felicidad, sin más. No lo supe aprovechar porque buscaba fuera de mí algo que ya tenía en mi interior. Y lo perdí”.

Tras la lectura de este libro intenso, expresivo y cálido, la sensación que permanece por encima de otras es precisamente que las escritoras escogidas por Pilar Godayol vivieron entre los extremos de esa polaridad: entre la búsqueda permanente de la felicidad y el sufrimiento físico y moral que les supuso no encontrarla o, quizás, no saber apreciarla cuando la tuvieron ante ellas. La relación entre sufrimiento y creación subyace tras las historias que nos narra la autora. Por un lado, las escritoras que aparecen en el libro pertenecieron todas a la clase media o alta y, por tanto, no pasaron penurias económicas y tuvieron asegurado el sustento, por lo menos durante la primera parte de sus vidas. Sin embargo, tener cubiertas las necesidades básicas no supuso tener cubiertas otro tipo de necesidades, principalmente las emocionales, y se rebelaron a la vez que exploraron caminos prohibidos, desdibujando las fronteras de las convenciones y apartándose de los lugares comunes hasta las últimas consecuencias, primero con su “irritación”, como apunta la autora, y después con el ostracismo social e incluso la locura o el suicidio.

Cito un párrafo del libro que refleja esa inquietud extraído del capítulo dedicado a Sibilla Aleramo, y que se podría aplicar a casi todas las otras autoras incluidas:

Tant en el cas del personatge de ficció com en el del real, l'experiència del dolor, de la solitud, de l'abandonament amorós, de la inseguretat econòmica i del rebuig social va acompanyar-les de forma perseverant i indefugible a causa del context familiar i històric que els va tocar de viure. Totes dues dones [Sibilla, l'escriptora i Rina, la dona] buscaren la felicitat, potser utòpica, potser impossible, en temps d'obscuritat. La felicitat és

etèria, com és sabut, un somni inabastable, un record, per dir-ho en mots de Gabriel Ferrater. (p. 216)

Efectivamente, el *leit motiv* de esta obra de exploración y reflexión podría ser una frase que la autora repite a lo largo de los capítulos, quizás de manera inconsciente, cuando habla de las relaciones y los sentimientos de sus escritoras: “Foren temps difícils” o “Res no podia ser com abans”. Aun así, su valentía, su vitalidad, sus ganas de vivir hasta el límite quedan reflejadas sin dejar lugar a dudas. Todas vivieron cada emoción recorriendo todos sus recovecos, hasta romperla, hasta hacerla tan suya que, ya sin secretos, las desgarraba. Así, leemos lo siguiente sobre Anaïs Nin: “*Creia en la desintegració del cos, però no podia acceptar que l'experiència i l'aprenentatge acumulats desapareguessin, s'evaporessin com si res*” (p. 115). En palabras de Pilar Godayol, estas mujeres son “*miralls trencats plens de colors i textures, dones embriagades dels colors, silencis, harmonies i sensacions.*” (p. 196) o, como nos deja entrever el título del libro de Susan Hortin sobre Isak Dinesen: “*Difficult women, artful lives*” (p. 196).

Eran -son- mujeres que, como nos dice la autora cuando nos habla de Edith Wharton y parafrasea a Pierre Bourdieu: poseían la competencia del *connaisseur*, es decir, “*Aquella competència que no solament es transmet per precepte o prescripció sinó que també deriva del contacte profund amb els llocs i les persones*” (p. 253).

Tanta energía, tanto discernimiento no constituían el mejor pasaporte para que las editoriales establecidas publicaran sus escritos, excepto en casos aislados. Vieron la luz pública gracias a editoriales pequeñas, a las de amigos o, en algún caso, a la suya propia. Y el puchero hervía con la ayuda de la traducción como “*guanyapà*”, excepto quizás en el caso de Stein quien –cito a Pilar Godayol– “*sempre sostenia que només es pot tenir un métier a la vida, de la mateixa manera que només es pot tenir una llengua: El seu métier fou l'escriptura; la seva llengua, l'anglès.*” (p. 230). Una perspectiva que colisiona frontalmente con la de Yourcenar –a quien quisiera proponer como la “21 del XXI”, en consonancia con el subtítulo de este libro: “20 del XX”, quien ha declarado en más de una ocasión que no cree en las patrias exclusivas, que tenía muchas patrias.

En una entrevista realizada por Bernard Pivot, este comenta que no entiende cómo una creadora de su categoría también traduzca, ya que puede considerarse como una actividad secundaria. La respuesta de Yourcenar es fulminante: “*Pas du tout. Traduire est le même que créer... perquè no hi ha diferència entre vostè i jo. Jo sóc una i en mi conviuen multituds. C'est la même chose*”. O con la de Jean Rhys, quien “*visqué en diferents països europeus fins als últims dies de la seva vida [i] sempre es considerarà una migrant mundana, ni d'aquí ni d'allà, una mestissa de postulats vitals que no volia construir límits ni generar forces contràries*” (p. 147). Sería interesante descubrir qué pensaban las escritoras que se dedicaban a la traducción: si la consideraban una manera de ganarse el pan sin más o una forma de acercarse a, explorar y entender mejor a los demás ayudando a confundir las fronteras.

Es este, pues, un libro de biografías, pero no al uso, sino con personalidad, meticuloso, riguroso, sensible e inteligente. Pilar Godayol se adapta a cada autora, es versátil y coherente. Ella también demuestra que tiene diferentes voces. Esta es una obra verbal, pero también me atrevería a decir que visual. Recuerda a un prisma de cristal que refleja multitud de colores, luces y sombras y que, además, sugiere paralelismos y contrastes entre las autoras escogidas. Por ejemplo, cuando habla de María Aurèlia Capmany, la autora la relaciona con Simone de Beauvoir: "*María Aurèlia Capmany obre el pròleg a l'edició catalana d'El segon sexe amb aquestes paraules que, si en canviéssim els noms propis i alguns detalls, podrien ben bé començar la seva biografia*" (p. 44) o cuando habla de Alejandra Pizarnik, la relaciona con Virginia Woolf: "*el juliol de 1968 li concediren la beca Guggenheim que havia sol·licitat l'any abans. Amb inapetència i poc entusiasme –ara ja tenia la seva cambra pròpia, un lloc d'inspiració i d'independència– l'acceptà, i el 3 de març de 1968 volà primer a Nova York i després a París.*" (p. 25).

La autora nos dice en el prólogo que "*la tria [de les autores] és arbitrària*", pero ella consigue entretejer vivencias, referencias, sentimientos y obras de manera que, una vez leído el libro, nos deja como legado un tapiz al tiempo luminoso y oscuro, que puede variar con una sacudida repentina o con los juegos del azar. Podríamos aplicarles tanto a la autora como al libro la frase que ella misma dedica a Anna Akhmatova: "*No es tracta d'una literatura de tesi emmarcada en el realisme històric, sinó de múltiples biografies, inclosa la pròpia, lligades i connectades en un collaret de moltes voltes*" (p. 165).

Bajo la pluma de Pilar Godayol, las escritoras se convierten en personajes de ficción que cobran vida llamándonos a conocerlas en profundidad a ellas, sus obras, su época, sus amigos, sus amantes: son escritoras convertidas en personajes que, a su vez, son escritoras, en una espiral interminable.

Es sabido que los principios del siglo XX fueron tiempos de creación y rebelión, pero libros como este nos ayudan a recordarlo, a continuar planteándonos dudas y preguntas cuya exploración puede ser más fructífera que las posibles respuestas que nos aventuremos a dar... y a sentirnos orgullosas de lo que consiguieron estas mujeres de sueños inabarcables y del camino que abrieron en un tiempo de oscuridad.

MARÍA GONZÁLEZ DAVIES  
Universitat de Vic